

LA
HABITACIÓN
DONDE
SUCEDIÓ

Un relato desde el corazón de la Casa Blanca

JOHN
BOLTON

Exconsejero de Seguridad Nacional
de Estados Unidos


ESPASA

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[1. LA LARGA MARCHA HACIA UN DESPACHO RELEVANTE EN EL ALA OESTE DE LA CASA BLANCA](#)

[2. «GRITA “¡DEVASTACIÓN!” Y SUELTA A LOS PERROS DE LA GUERRA»](#)

[3. ESTADOS UNIDOS SE LIBERA](#)

[4. EL SINGAPORE SLING](#)

[5. HISTORIA DE TRES CIUDADES: LAS CUMBRES DE BRUSELAS, LONDRES Y HELSINKI](#)

[6. ESTORBAR A RUSIA](#)

[7. TRUMP BUSCA UNA SALIDA EN SIRIA Y EN AFGANISTÁN, PERO NO LA ENCUENTRA](#)

[8. EL CAOS COMO FORMA DE VIDA](#)

[9. VENEZUELA LIBRE](#)

[10. EL ESTRUENDO QUE VIENE DE CHINA](#)

[11. LLEGADA AL «HILTON DE HANÓI», LA PARTIDA Y LA HORA DEL RECREO EN PANMUNJOM](#)

[12. TRUMP PIERDE EL RUMBO Y DESPUÉS EL VALOR](#)

[13. DE LA MISIÓN CONTRATERRORISTA EN AFGANISTÁN A SALVARNOS POR LOS PELOS EN CAMP DAVID](#)

[14. EL FINAL DEL IDILIO](#)

[15. EPÍLOGO](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Sinopsis

Número 1 de ventas en Estados Unidos, estas memorias son el relato más completo y sustancial sobre la Administración Trump publicado hasta la fecha, y uno de los pocos, si no el único, escrito por un funcionario del más alto nivel. La cercanía diaria a Trump le ha permitido a John Bolton hacer una precisa radiografía de sus días en el Despacho Oval y de un presidente para el que ser reelegido era lo único que importaba, poniendo de manifiesto su desconocimiento de la política exterior o las continuas transgresiones durante su mandato.

Para Gretchen y Jennifer Sarah

Golpeemos fuerte, señores. A ver quién golpea más.
El DUQUE DE WELLINGTON
a sus tropas en Waterloo, 1815

1

LA LARGA MARCHA HACIA UN DESPACHO RELEVANTE EN EL ALA OESTE DE LA CASA BLANCA Una de las ventajas de ser consejero de Seguridad Nacional es que debes enfrentarte a una gran cantidad de desafíos de características muy diversas. Si no te gustan el caos, la incertidumbre y el riesgo, y, al mismo tiempo, verte abrumado constantemente por la información, las decisiones que hay que tomar y la cantidad de trabajo, y si no te satisface hacerle frente a los conflictos nacionales e internacionales, de personalidad y de ego, que son difíciles de describir, dedícate a otra cosa. Es estimulante, pero resulta casi imposible, explicarle a alguien de fuera cómo encajan las piezas, porque a menudo no lo hacen de una forma coherente.

No puedo ofrecer una teoría completa sobre la transformación de la Administración Trump porque eso es ilusorio. Sin embargo, también son erróneas algunas de las cosas que se suelen decir en Washington sobre la trayectoria de Trump. La creencia general, atractiva para los que son intelectualmente perezosos, es que Trump siempre fue un hom-

bre estafalario, pero que, en sus primeros quince meses, inseguro en su nuevo puesto y controlado por el famoso «eje de adultos» [1], dudaba en la toma de decisiones. A medida que pasaba el tiempo se fue sintiendo más seguro de sí mismo, se distanció del «eje de adultos», las cosas se vinieron abajo y Trump se rodeó solo de personas que le decían que sí a todo.

Algunas partes de esta hipótesis son ciertas, pero, en general, ofrece una imagen demasiado simplista. En muchos sentidos, el «eje de adultos» causó problemas profundos, no porque manejara a Trump, como dicen las «mentes pensantes» —uso este calificativo tan apropiado de los franceses, que lo utilizan para referirse a aquellos que se consideran superiores a los demás—, sino porque consiguieron precisamente lo contrario. Ni siquiera hicieron lo básico para imponer el orden, y todo aquello que impulsaron fue tan interesado y estaba tan alejado de los objetivos de Trump —ya fueran respetables o no— que alimentaron su forma de pensar, que ya de por sí era suspicaz. A los que llegamos después nos costó mucho intercambiar puntos de vista de carácter político con el presidente. Siempre creí que la función del consejero de Seguridad Nacional era cerciorarse de que el presidente comprendiera las opciones que existían antes de tomar una decisión y asegurarse de que los niveles burocráticos correspondientes la pusieran en práctica. Obviamente, el Consejo de Seguridad Nacional trabajaba de manera distinta con cada presidente, pero esos eran los objetivos fundamentales de mi cargo.

Sin embargo, como el «eje de adultos» lo hizo tan mal con él, Trump desconfiaba de los demás, veía conspiraciones por todas partes y —esto era increíble— seguía sin ponerse al corriente sobre cómo dirigir la Casa Blanca y mucho menos el inmenso Gobierno federal. Aun así, el «eje de adultos» no era totalmente responsable de esa situación. Trump es Trump. Al final comprendí que él estaba convencido de que podía dirigir el poder ejecutivo y establecer

políticas de seguridad nacional guiándose por su instinto, confiando en su relación personal con los líderes extranjeros y, sobre todo, en su concepción de la puesta en escena. El instinto, las relaciones personales y la puesta en escena son elementos esenciales del repertorio de cualquier presidente, pero no lo son todo. El análisis, la planificación, el rigor y la disciplina intelectual, la evaluación de los resultados y la corrección del rumbo son habilidades fundamentales que influyen en la toma de decisiones de un presidente; es decir, la parte menos glamurosa del trabajo. No basta con las apariencias.

En términos institucionales, por tanto, es innegable que la transición y el primer año y pico de la Administración Trump fueron una auténtica chapuza. Jamás se pusieron en marcha procesos que deberían haber sido naturales, sobre todo para los numerosos asesores de Trump —que carecían de experiencia previa—, ni siquiera en lo que respecta a los cargos ejecutivos de menor nivel. Ni Trump ni su equipo —al menos, la mayor parte— leyeron el «manual de instrucciones» del Gobierno, tal vez porque no se dieron cuenta de que el hecho de leerlo no los convertía automáticamente en miembros del «Estado profundo». Cuando entré en aquel caos identifiqué problemas que se podrían haber resuelto en los cien primeros días de gobierno, e incluso antes. Desde luego, ni la renovación constante del personal ni la hobbesiana *bellum omnium contra omnes* («la guerra de todos contra todos») que tenía lugar en la Casa Blanca ayudaban. Tal vez es un poco exagerado decir que la descripción que hace Hobbes de la existencia humana —la califica de «solitaria, pobre, desagradable, brutal y breve»— describe con exactitud la vida en la Casa Blanca, aunque muchos de los asesores principales, cuando dejaron sus cargos, habrían estado de acuerdo. Como conté en mi libro *Surrender Is Not an Option* [2], mi fórmula para alcanzar los objetivos que se proponía el Gobierno siempre fue conocer lo mejor posible los distintos niveles de la burocracia en los que ya

había prestado servicio: el Departamento de Estado, el de Justicia y la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.

Mi meta no era conseguir un carné de socio, sino un carné de conducir, y esta forma de pensar no es la habitual en la Casa Blanca de Trump. Durante mis primeras visitas al Ala Oeste, me di cuenta de que las diferencias entre esta Presidencia y las anteriores eran impresionantes. Lo que ocurría un día concreto con un asunto concreto normalmente no tenía nada que ver con lo que ocurría al día siguiente o al otro. Pocos parecían darse cuenta, preocuparse o mostrar interés por solucionarlo, y aquello no iba a mejorar. Era una conclusión frustrante, pero inevitable, y llegué a ella poco después de incorporarme a la Administración.

Paul Laxalt, antiguo senador por Nevada y uno de mis mentores, solía decir que «en política, no hay conceptos inmaculados», y esto explica los nombramientos que se hacen para ocupar puestos clave del poder ejecutivo. A pesar de la cantidad de veces que se oye eso de «me sorprendió que el presidente Tal me llamara...», la expresión guarda muy poca relación con la verdad, y no hay momento en el que la competencia por ocupar esos cargos sea más intensa que durante la «transición presidencial», un invento estadounidense que en las últimas décadas se ha vuelto cada vez más complejo. Los equipos de transición podrían ser objeto de estudio en los cursos de posgrado de Administración de Empresas, en una clase sobre lo que no se debe hacer en una compañía. Dichos equipos se forman por un periodo concreto de tiempo, normalmente breve, que va desde la elección hasta la toma de posesión, y después desaparecen para siempre. Se ven arrollados por los huracanes de información —y desinformación— que reciben; los análisis de estrategias y políticas complejos y a menudo contradictorios; las decisiones oportunas sobre el personal

que formará el Gobierno, y el escrutinio y la influencia de los medios de comunicación y de los grupos de presión.

No hay duda de que algunas transiciones son mejores que otras, y cómo se desarrollan dice mucho de la Administración que vendrá. En 1968-1969, Richard Nixon realizó la primera transición contemporánea, llevando a cabo análisis minuciosos de las agencias más relevantes del poder ejecutivo. En 1980-1981, la de Ronald Reagan se ciñó a la máxima de que «el personal es política» y prestó mucha atención a escoger personas afines a la plataforma del presidente. Y en 2016-2017, la de Donald Trump fue... la de Donald Trump.

Pasé la noche de las elecciones, del 8 al 9 de noviembre de 2016, en los estudios de Manhattan de Fox News, para comentar en directo las prioridades que en materia internacional tendría el nuevo Gobierno. Todos esperaban que mi comparecencia se produjera en torno a las diez de la noche, justo después de que se declarara vencedora a Hillary Clinton. Al final, salí en antena a eso de las tres de la madrugada del día siguiente, circunstancia que demuestra lo bien que funciona la planificación anticipada, no solo en la Fox, sino también entre la camarilla del presidente electo. Pocos observadores creían que ganaría Trump y, como ocurrió en 1996 con el fracaso de la campaña de Robert Dole contra Bill Clinton, los preparativos preelectorales fueron bastante modestos y anticipaban un fracaso inminente. En comparación con la puesta en escena de Hilary, similar a la de un gran ejército marchando con paso firme hacia el poder, la de Trump parecía contar solamente con un puñado de almas resistentes que disponían de mucho tiempo libre. Por tanto, su victoria los pilló desprevenidos y provocó inmediatas luchas territoriales entre los voluntarios de la transición, y que hubiera que tirar a la basura casi todo el material previo a las elecciones. Comenzar de cero el 9 de noviembre no era demasiado prometedor, sobre todo cuando la mayor parte del personal de la transición estaba en Was-

hington y Trump y sus asesores más cercanos en la Torre Trump, en Manhattan. Antes de su victoria, Trump apenas sabía nada sobre el funcionamiento del gigante federal y durante la transición no aprendió demasiado —tal vez nada—, y eso no era muy esperanzador.

Yo desempeñé un papel insignificante en la campaña de Trump, salvo por una reunión que mantuve con el candidato el viernes 23 de septiembre de 2016, por la mañana, en la Torre Trump, tres días antes de su primer debate con Clinton. Hillary y Bill estudiaron en la Facultad de Derecho de Yale un año antes que yo, de manera que, además de hablar de seguridad nacional, le di a Trump mi opinión sobre las capacidades de Hillary: era una persona preparada y con un buen programa, que seguiría su estrategia a toda costa. No había cambiado nada en cuarenta años. Durante aquella reunión Trump fue el que más habló, como ya sucedió en la primera, en 2014, antes de presentar su candidatura. Al final me dijo: «En realidad, tus opiniones y las mías son muy parecidas. Muy parecidas».

En aquel momento, yo estaba muy ocupado: era colaborador principal del American Enterprise Institute y de Fox News; abogado en un bufete importante; miembro de varios consejos de administración y asesor principal de una empresa internacional de capital privado, además de autor de artículos de opinión a un ritmo de uno por semana. A finales de 2013 formé un PAC [un comité de acción política] y un SuperPAC para colaborar con los candidatos a la Cámara de Representantes y al Senado que creyeran en una política de seguridad nacional firme: se habían concedido centenares de miles de dólares a los candidatos, destinándose millones a gastos independientes en las campañas de 2014 y 2016, y nos disponíamos a repetirlo en 2018. Tenía mucho que hacer, pero había trabajado para los últimos tres Gobiernos republicanos y, desde mis años en la Universidad de Yale, me fascinaban las relaciones internacionales. De modo que estaba dispuesto a volver a involucrarme.

Se presentaban nuevos riesgos y oportunidades y, tras los ocho años de gobierno de Barack Obama, había mucho que arreglar. Yo había meditado mucho sobre la seguridad nacional de Estados Unidos en un mundo revuelto: Rusia y China desde el punto de vista estratégico; Irán, Corea del Norte y otros aspirando a tener armas nucleares; el terrorismo islámico radical amenazando en el tumultuoso Oriente Próximo (Siria, Líbano, Irak y Yemen), Afganistán y más allá, además de los peligros que existían en nuestro propio hemisferio, como Cuba, Venezuela y Nicaragua. Aunque en política exterior las etiquetas no sirven, salvo a los que no quieren pensar, me gustaba decir que mi política era «proestadounidense». Era seguidor de Adam Smith en economía, de Edmund Burke en el ámbito social, de *The Federalist Papers* en lo referente al Gobierno y de una fusión de Dean Acheson y John Foster Dulles en seguridad nacional, y participé por primera vez en una campaña electoral en 1964 a favor de Barry Goldwater [3].

Conocía a algunos funcionarios importantes que trabajaron en la campaña de Trump, como Steve Bannon, Dave Bossie y Kellyanne Conway, y había hablado con ellos sobre la posibilidad de incorporarme a la Administración Trump, si este ganaba las elecciones. Cuando comenzó la transición, me pareció oportuno ofrecer mis servicios como secretario de Estado, como ya hicieron otros. Y tal era así que cuando Chris Wallace salió del set de la Fox, el 9 de noviembre de 2016, bien temprano, después de que se anunciara quién había ganado las elecciones, me estrechó la mano y con una amplia sonrisa me dijo: «Felicidades, señor secretario». Evidentemente, no eran pocos los aspirantes a dirigir el Departamento de Estado, y ello generó innumerables especulaciones en los medios de comunicación sobre quién era el favorito, empezando por Newt Gingrich, siguiendo por Rudy Giuliani, después Mitt Romney y, después, otra vez Rudy. Yo había trabajado con todos ellos y los respetaba, y cada uno era competente a su manera. Se

habló mucho (y no olvidemos las presiones) de que debía conformarme con ser subsecretario, pero eso, evidentemente, no figuraba en mis planes. Lo que sucedió a continuación puso de manifiesto el método que seguía Trump para la toma de decisiones. Y debería haber servido de advertencia.

Aunque los «principales competidores» eran claramente conservadores desde un punto de vista intelectual, aportaban a la mesa distintas perspectivas y distintos estilos, con sus pros y sus contras. Entre las diferentes opciones (y otras, como el senador por Tennessee Bob Corker, y el exgobernador de Utah Jon Huntsman), ¿buscaba Trump algunas características concretas? Era evidente que no, y los observadores deberían haberse preguntado qué principio regía realmente en el proceso de selección de personal de Trump. ¿Por qué no nombrar a Giuliani fiscal general, un puesto ideal para él, y poner a Romney como jefe de Gabinete de la Casa Blanca, lo que le habría permitido aportar su incuestionable capacidad de gestión y planificación estratégica? ¿Y a Gingrich, con décadas de teorización creativa a sus espaldas, como zar de la política interior de la Casa Blanca?

¿Buscaba Trump solo personas con «mentalidad de centro»? Se habló mucho de que, al parecer, le desagradaba mi bigote. Para que conste, él mismo me dijo que en absoluto era cierto y que su padre también lo llevaba. Dejando aparte a los psiquiatras y a los interesados en las teorías de Sigmund Freud —obviamente, no soy uno de ellos—, no creo que mi aspecto influyera en lo que Trump opinaba de mí. De lo contrario, ¡pobre país! Sin embargo, las mujeres atractivas sí entran en otra categoría.

La lealtad era el atributo más importante, como Giuliani demostró en los días posteriores a la filtración del vídeo de *Access Hollywood* [4] a principios de octubre. Cuentan que Lyndon Johnson dijo una vez, refiriéndose a un ayudante: «Quiero que sea leal de verdad. Quiero que me bese el cu-

lo en el escaparate de Macy's a mediodía y me diga que huele a rosas». ¿Quién hubiera dicho que Trump sabía tanto de historia? Giuliani fue después muy amable conmigo y, cuando se retiró de la contienda por la Secretaría de Estado, dijo: «Probablemente, elegiría a John. John me parece magnífico» [5].

El presidente electo me llamó el 17 de noviembre y lo felicité por su victoria. Me habló de sus recientes conversaciones telefónicas con Vladimir Putin y Xi Jinping y me dijo que aquella tarde se reuniría con el primer ministro japonés, Shinzo Abe. «Te tendremos aquí en un par de días — prometió— y contamos contigo para resolver un montón de situaciones». Al día siguiente se anunciaron algunos de los cargos elegidos por el nuevo presidente: Jeff Sessions como fiscal general en vez de Giuliani, Mike Flynn como consejero de Seguridad Nacional (como recompensa por su servicio durante la campaña) y Mike Pompeo como director de la CIA. Pocas semanas después del nombramiento de Flynn, Henry Kissinger me dijo: «Durará menos de un año». Aunque no podía saber lo que estaba a punto de ocurrir, Kissinger era consciente de que aquel no era un puesto para Flynn. Según pasaban los días se iban conociendo más nombres para ocupar cargos importantes del Gabinete y de la Casa Blanca. Por ejemplo, el 23 de noviembre, la gobernadora de Carolina del Sur, Nikki Haley, fue nombrada embajadora ante la ONU, cargo que tenía rango ministerial. Era una decisión insólita teniendo en cuenta que aún no se había elegido al secretario de Estado. Haley no estaba cualificada para ese puesto, pero era ideal que alguien con ambiciones presidenciales marcara la casilla de «política exterior» en su currículum de campaña. Tuviera o no rango de ministro, la embajadora ante la ONU formaba parte del Departamento de Estado y una política exterior coherente solo puede ser dirigida por un secretario de Estado. Sin embargo, ahí estaba Trump, eligiendo a los subordinados del universo del Departamento de Estado sin tener un secreta-